

Autorretrato a tres o el sí trascendente

***Las ocho diferencias* de Cori Mercadé**

Laura Mercader

Nada fácil este juego de las ocho diferencias. Lo parece. En efecto, se trata de mirar y descubrir. De mirar y descubrir, ¿qué?, ¿ocho diferencias? No sólo. En la invitación de Cori a fijar nuestra mirada, no descubrimos ocho diferencias, sino un posible sentido de *Las ocho diferencias*. Al menos a mí me ha sucedido así. Y ése creo que es el verdadero significado de todo juego. El que en él, en su proceso, algo ni visto ni esperado se des/cubre. He aquí su dificultad.

El juego, sí, abre mundos. En el juego crecemos. Jugando con las muñecas, por ejemplo, aprendemos a ser mujer y madre como la nuestra y a diferencia de ella. Con *Las ocho diferencias*, Cori nos insta a ejercitar nuestra memoria visual y con ello ampliar nuestro mirar. Dos imágenes de un mismo sujeto, ella en primera persona, entre las cuales hay ocho variedades. Enfocamos los ojos y... a la búsqueda. No se trata de una competición. El juego con meta tiene (a parte de sexo masculino) dos peligros y una consecuencia constrictiva: la desilusión del fracaso o la ilusión del éxito y el consiguiente abandono en ambos. Aquí no hay meta. Por lo tanto, ni fracaso ni éxito ni posible freno en uno de los dos. Hay apertura a nuestra capacidad sensitiva. Nos convertimos en estado de vista, que significa toda sentidos. Tocamos la densidad de la materia; escuchamos el temblor de la luz; olemos el perfume del espacio de color; gustamos los sabores de las líneas; y miramos, miramos. Miramos la intensidad de esos cuatro ojos que nos miran, de dos en dos, de forma diversa. E imaginamos, damos imagen a la raíz de ambas intensidades: ¿la fotografía?... ¿la pintura?... Ahí está el juego de verdad. Cuando jugándolo nos convertimos en seres creativos y en este ser de creatividad nos descubrimos. Lo entiendo de este modo después de haber leído un pasaje de *Juego y realidad* de Donald W. Winnicott, en donde afirma que sin creatividad no hay posible encuentro de sí.

Pero el juego de *Las ocho diferencias* no concluye, sino que empieza ahí. Todo auténtico juego es reclamo, instigación a llenar el vacío de una pregunta. Cierto

que, al igual que la competición, la interrogación puede provocar los mismos efectos antitéticos y la misma consecuencia abortiva. Aquí tampoco se trata de eso. Jugar a preguntarse sobre la fotografía y la pintura, sobre sus ocho diferencias, acaba en las preguntas que despierta sobre por qué *Las ocho diferencias*. En este estado interrogativo voy a proseguir, puesto que es donde las he encontrado. No solo mirándolas sino pensándolas.

Las ocho diferencias de Cori Mercadé, ¿qué son?, me pregunto. ¿Dos retratos de Cori?, ¿un retrato y un autorretrato?, ¿un retrato y un retrato de un autorretrato? Las tres respuestas a la pregunta son correctas. Se trata de dos retratos de Cori, en tanto que representan al sujeto Cori (según la definición tradicional del retrato como género pictórico), fotografiados, uno por Artur Lleó (reportero del periódico *El País*) y otro por Rosmi Duaso (la fotógrafa de las obras de Cori). También son un retrato y un autorretrato, ya que uno es un retrato fotográfico de Artur Lleó del sujeto Cori, y el otro, un retrato que la misma Cori ha hecho de su imagen, fotografiado después por Rosmi Duaso. Pero, a su vez, se trata también del retrato fotográfico de Artur Lleó y del retrato fotográfico de Rosmi Duaso del autorretrato pictórico de Cori Mercadé.

Pero, ¿podemos llamar al autorretrato de Cori propiamente autorretrato?, me pregunto ahora. El autorretrato de Cori, físicamente ausente aunque presente a través de su doble fotográfico, en realidad no es sino un retrato al óleo de una imagen suya, una imagen que no es ni mental ni especular (las dos fuentes del autorretrato tradicional), es la del fotógrafo Artur Lleó. Entonces, ¿no se trata de un autorretrato! Otra vez, de un retrato de un retrato del sujeto Cori, hecho por ella misma. De modo que, ninguna de las tres respuestas anteriores es acertada. La justa es que se trata de tres retratos que representan a Cori, uno fotográfico hecho por Artur Lleó, otro pictórico hecho por la misma Cori y el último fotográfico de Rosmi Duaso. Tres retratos de los cuales el pictórico sólo aparece en su imagen fotográfica (como todas las pinturas que vemos en el aula o en los libros).

La última pregunta que me viene es ya retórica. Es decir, no requiere de respuesta por su obviedad. ¿Quién es el autor de *Las ocho diferencias*? ¿Artur y Rosmi? ¿Ambos y Cori? ¿O sólo Cori? Y, finalmente, llego a una resolución.

Ésa es: *Las ocho diferencias* son un autorretrato de Cori Mercadé. Lo sé. Tanta verborrea para terminar con esta breve conclusión, negación de las anteriores. Y, además, cuyo interés puede parecer endémico, limitado a la crítica o a la historia del arte, al tratarse de la constatación del género y la autoría de esta obra. Sin embargo, atribuir género y autoría a esta pieza no tiene nada que ver con la institución arte. Sino con la práctica artista como lección de vida. Porque este autorretrato a tres habla de la identidad que se hace mediante la mirada en la trascendencia.

Cualquier autorretrato es el retrato de otras miradas. Mas el de Cori lo evidencia. Lo he visto y descubierto después de mirar y preguntar. Pero, sobre todo, lo he comprendido tras reflexionar sobre la prehistoria de la obra, según el relato de la misma Cori. Lo cuento.

Las ocho diferencias se gestan en una febril actividad de automirada, primero (después de una serie de noventa autorretratos, calendario de noventa jornadas de mirarse diariamente al espejo), y en una sobreabundancia de materia pictórica, después (tras observar que la pintura tenía demasiada presencia al lado de la fotografía). Se gestan, pero no nacen. No pueden nacer del exceso. El primero la agotó, la dejó exhausta de yo. El segundo, la alejó, la dejó sola con yo. *Las ocho diferencias* nacen, pues, de una imperiosa necesidad de salvar un exceso, el yo desbordante, en dos estadios sucesivos. Esta huída de la sobrecarga la intuyo como fruto de dos experiencias privativas, muy significativas, por otro lado, de la construcción de la identidad. Me refiero a la parálisis creativa que provoca la abundancia y a la imposibilidad de encontrarnos en el ensimismamiento.

El exceso paraliza la creatividad porque nos perdemos en él. Lo sabemos muy bien las mujeres; expertas en vivir en los excesos e incluso en enfermar por ellos. La esterilidad creativa impide encontrarnos. Sólo en el ser creativo nos descubrimos, según he aprendido de Winnicott. Pero, al mismo tiempo, nunca nos encontraremos en el encierro sino en la trascendencia. Y aquí la maestra es María Zambrano en *La confesión: género literario*. Ella habla de la acción de hacerse visible como única vía del encuentro. Ofrecerse a la vista, precisa, que

no es dejarse ver. Ofrecerse es activo, dejarse, pasivo. Ofrecerse a la mirada abre a la relación entre dos sujetos, dejarse ver te convierte sólo en objeto de mirada de otro sujeto; donde no hay posible encuentro.

Eso mismo hizo Cori para resolver el primer exceso de yo. Se ofreció a la mirada de Artur Lleó. Ella acataría cualquier resultado. Y así fue, a pesar de su sorpresa. Sorpresa de que la fotografiara como a una artista. No se reconocía en la imagen, demasiado divina, demasiado bella. Pero ¡quién se reconoce en las fotos! Y, no obstante, se es. El pacto era el pacto. Ofrecerse conlleva siempre algo inesperado. El segundo exceso apareció cuando el autorretrato pictórico se materializó en un yo invasivo que impedía mirar a otra parte. Este exceso de fisicidad de la pintura respecto a la fotografía lo interpreto como metáfora de la omnipotencia de un yo que nos ciega. Y aquí es cuando entró en escena Rosmi Duaso, la amiga fotógrafa. El yo deslumbrante de materia necesitaba de nuevo ofrecerse a la luz ajena. Se trataba del último paso para la trascendencia. La que, aún según Zambrano, nos transforma. Rosmi dio su brazo a Cori para su transmutación en otra Cori. Aquella que es en el mirarse y en el ser vista, concentrado en un solo movimiento ocular.

El autorretrato de Cori es el autorretrato de Cori en su ser en relación, en este caso, a tres y de dos en dos. Eso es, el ser de verdad. María Zambrano, en un momento del libro, dice que «la confesión comienza siempre con una huida de sí mismo. (...) Su supuesto es como el de toda salida, una esperanza y una desesperación; la desesperación es de lo que se es, la esperanza es de que algo que todavía no se tiene aparezca». El autorretrato de Cori comienza, en efecto, con una huida de si misma. Bajo el doble supuesto de la desesperación del exceso de yo y de una esperanza de que otro diverso aparezca. Ese otro diferente, *Las ocho diferencias*, lo he estado mirando y así transformando también yo y quien me suceda.

**Text de Laura Mercader publicat a: *La Relació. Documents 2000-2008*.
Barcelona: Duoda, Centre de Recerca de dones / Publicacions i Edicions
Universitat de Barcelona, 2009: 101-103.**